

# LA VERDADERA SANTIDAD

*Los Albores de la Verdad*  
*Amalia Domingo Soler*  
(1835-1909)



— ¡Ay, Amalia! ¡Qué chasco me he llevado! —me dice mi amiga Leontina.

— ¿Por qué?

—Porque yo creía que todos los espiritistas erais *unos benditos de Dios*, y encuentro que entre vosotros hay las mismas misa que entre los religiosos y los ateos.

—Naturalmente que las hay; el saber que se vive eternamente no nos da el privilegio de ser virtuosos, generosos y abnegados de

golpe y porrazo. No tenemos más ventaja sobre la generalidad de los hombres, que el saber que de nosotros depende el hundirnos en el abismo o remontarnos a los cielos.

Es la única diferencia que nos separa de las otras religiones y del indiferentismo; por lo demás, ya se pueden aparecer vestidos y calzados nuestros deudos más queridos y decirnos que ellos viven y que como ellos viviremos nosotros, que si somos de mala ralea diremos: *si para allá me las aguardas, échame cuartillo y medio*, esto es, si he de vivir eternamente, tengo tiempo de sobra para ser bueno. No te diré que las enseñanzas espiritistas no sean de gran utilidad para almas pensadoras dispuestas a reconocer las grandezas de la vida eterna del Espíritu y que no sirvan para guiamos y salvarnos de los muchos tropiezos que encuentra el hombre en su camino, pero de esto a convertirnos de *buenas a primeras* en seres perfectos y angélicos, hay mil mundos de por medio, *la verdadera santidad* no se infiltra en el alma del hombre porque crea en un Dios único o en muchos dioses o en ninguno; la verdadera santidad se adquiere en un plazo tan largo que en la Tierra no se ha escrito aún la suma de siglos que necesita el hombre para desprenderse de sus vicios y adquirir en cambio las virtudes necesarias para ser bueno y útil a su semejante.

—Pues hija, yo creía que abrazar el Espiritismo y ser un santo era todo uno; por eso me he llevado el chasco del siglo, dado que al tratar a varios espiritistas he visto que si no son peores que los demás hombres, les falta muy poco para serlo.

—No, si no les falta nada para serlo; recuerdo que hace muchos años me dijo Jaime Peyró: Desengañese usted, Amalia, los espiritistas somos los hombres más imperfectos del planeta Tierra.

— ¿Qué está usted diciendo? —le dije muy ofendida.

—Pues sencillamente la verdad; un espiritista medianamente instruido sabe que tiene que vivir eternamente, que de su voluntad depende vivir en la luz o en la

sombra; pues bien, si a pesar de saber todo lo necesario para conocer *lo bueno que es ser bueno y lo malo que es ser malo* sigue cometiendo abusos, asalta el cercado ajeno, miente, calumnia y es un miserable que explota a los débiles y a los vencidos, ¿no es mil veces peor que aquellos que creen que muerto el perro se acabó la rabia? Pues sí que lo es, señora. Y bien sabemos, los que hemos leído algo, que Cristo no vino para curar a los sanos, sino para sanar a los enfermos; y el Espiritismo, que es la esencia del Cristianismo, viene a dar luz a los ciegos, no a los que tienen vista.

—Es por eso que, si bien se observa, muchos médiums dejan mucho que desear en su vida íntima y, dominados por los Espíritus, encantan con sus comunicaciones y hacen numerosos prosélitos con sus instrucciones y sus enseñanzas. Ya ves, Leontina, cuan equivocada estás creyendo que ser espiritista y ser santo es todo uno. El Espiritismo viene a despertar a los perezosos, a los indiferentes; viene a dar *el quién vive* a los embriagados por los vicios; pero de esto a santificarles hay mil mundos de por medio.

—Pues para no conseguir un resultado inmediato, me quedo con mis santos y mis Cristos milagrosos y mis vírgenes piadosas.

—Tanto da que te pases la vida al pie de los altares como que no te acuerdes de encomendarte á ningún santo; nadie te hará más buena de lo que tú quieras ser; eres tú únicamente la que, según tu voluntad, te irás despojando de tus defectos o irás acumulando imperfecciones sobre ti. *La verdadera santidad* es obra de uno mismo.

—Pues yo creía, francamente, que le ayudaban a uno los Espíritus para llegar a la cumbre de las grandezas humanas y divinas.

—Claro está que nos ayudan; pero hay aquello de *ayúdate y yo ti ayudaré y a Dios rogando y con el mazo dando*; las enseñanzas espiritistas dicen a los indolentes: Si no ponéis voluntad de vuestra parte para hacer girar la rueda del progreso, ella no se moverá. Los Espíritus no fabrican santos, pero enseñan el modo de con quistar la *santidad*.

—Encuentro más cómodo ganar el cielo con unos cuantos centenares de duros empleados en misas y responsos.

—¿Pero no ves que no hay cielo?

—Eso no se sabe.

—Sí, mujer, se sabe perfectamente; la ciencia astronómica ha demostrado que hay muchos mundos, pero no ha encontrado ni el infierno ni la gloria; desengáñate, Leontina, el reposo del alma no se compra con salmos ni con ofrendas a los santos; no tiene tarifa *la verdadera santidad*; todos los tesoros acumulados en la Tierra no son bastantes para pagar un *segundo* de esa dicha inefable que siente el alma cuando comprende que ha hecho una buena obra. Las religiones, las filosofías, las negaciones de los sabios, las instrucciones de los Espíritus, todo es *letra muerta* si el hombre no se decide a ser bueno; nadie redime a nadie; cada cual se redime a sí mismo. *La verdadera santidad* no es un mito, no es una ilusión, sino una hermosísima realidad y todos podemos llegar a ser santos si hacemos nuestras las penas de los demás.

—Es que sufriendo por todos no se vive.

—Estás en un error; el que vive para los demás hoy, mañana los demás vivirán para él.